

Un asunto de honor

Arturo Pérez-Reverte



«Era la más linda Cenicienta que vi nunca. Tenía dieciséis años, un libro de piratas bajo la almohada y, como en los cuentos, una hermanastra mala que había vendido su virginidad al portugués Almeida, quien a su vez pretendía revendérsela a don Máximo Larreta, propietario de construcciones Larreta y de la funeraria *Hasta Luego*.

—Un día veré el mar —decía la niña, también como en los cuentos, mientras pasaba la fregona por el suelo del puticlub. Y soñaba con un cocinero cojo y una isla, y un loro que gritaba no sé qué murga sobre piezas de a ocho.

—Y te llevará un príncipe azul en su yate —se le choteaba la Nati, que tenía muy mala leche—. No te jode.»

Relato corto, cuento breve, *Un asunto de honor* es una moderna historia de hadas y piratas, de buenos y malos, escrita con una acción trepidante y un humor agridulce y desesperado.

A Teresa, Ángel, Mar, Chacón y todos ellos.

1. El puticlub del Portugués

Era la más linda Cenicienta que vi nunca. Tenía dieciséis años, un libro de piratas bajo la almohada y, como en los cuentos, una hermanastra mala que había vendido su virginidad al portugués Almeida, quien a su vez pretendía revendérsela a don Máximo Larreta, propietario de Construcciones Larreta y de la funeraria *Hasta Luego*.

—Un día veré el mar —decía la niña, también como en los cuentos, mientras pasaba la fregona por el suelo del puticlub. Y soñaba con un cocinero cojo y una isla, y un loro que gritaba no sé qué murga sobre piezas de a ocho.

—Y te llevará un príncipe azul en su yate —se le choteaba la Nati, que tenía muy mala leche—. No te jode.

El príncipe azul era yo, pero ninguno de nosotros lo sabía, aún. Y el yate era el Volvo 800 Magnum de cuarenta toneladas que a esas horas conducía el que suscribe por la nacional 435, a la altura de Jerez de los Caballeros.

Permitan que me presente: Manolo Jarales Campos, veintisiete años, la mili en Regulares de Ceuta y año y medio de talego por dejarme liar bajando al moro y subir con lo que no debía. De servir a la patria me queda un diente desportillado que me partió un sargento de una hostia, y del Puerto de Santa María el tabique desviado y dos tatuajes: uno en el brazo derecho, con un corazón y la palabra *Trocito*, y otro en el izquierdo que pone: *Nací para haserte sufrir*. La *s* del *haserte* se la debo a mi tronco Paco Seisdedos, que cuando el tatuaje estaba con un colocón tremendo, y claro. Por lo demás, el día de autos yo había cumplido tres meses de libertad y aquel del Volvo era mi primer

curro desde que estaba en bola. Y conducía tan campante, oyendo a los Chunguitos en el radiocassette y pensando en echar un polvo donde el portugués Almeida, o sea, a la Nati, sin saber la que estaba a punto de caerme encima.

El caso es que aquella tarde, día de la Virgen de Fátima —me acuerdo porque el portugués Almeida era muy devoto y tenía un azulejo con farolillo a la entrada del puticlub —, aparqué la máquina, metí un paquete de Winston en la manga de la camiseta, y salté de la cabina en busca de un alivio y una cerveza.

—Hola, guapo —me dijo la Nati.

Siempre le decía hola guapo a todo cristo, así que no vayan ustedes a creer. La Nati sí que estaba tremenda, y los camioneros nos la recomendábamos unos a otros por el VHF, la radio que sirve para sentirnos menos solos en ruta y echarnos una mano unos a otros. Había otras chicas en el local, tres o cuatro dominicanas y una polaca, pero siempre que la veía libre, yo me iba con ella. Quien la tenía al punto era el portugués Almeida, que la quitó de la calle para convertirla en su mujer de confianza. La Nati llevaba la caja y el gobierno del puticlub y todo eso, pero seguía trabajando porque era muy golfa. Y al portugués Almeida los celos se le quitaban contando billetes, el hijoputa.

—Te voy a dar un revolcón, Nati. Si no es molestia.

—Contigo nunca es molestia, guapo. Lo que son es cinco mil.

Vaya por delante que de putero tengo lo justo. Pero la carretera es dura, y solitaria. Y a los veintisiete tacos es muy difícil olvidar año y medio de ayuno en el talego. Tampoco es que a uno le sobre la viruta, así que, bueno, ya me entienden. Una alegría cada dos o tres semanas viene bien para relajar el pulso y olvidarse de los domingueros, de las carreteras en obras y de los picoletos de la Guardia Civil, que en cuanto metes la gamba te putean de mala manera, que si la documentación y que si el manifiesto de carga y que si la madre que los parió, en vez de estar deteniendo

violadores, banqueros y presentadores de televisión. Que desde mi punto de vista son los que más daño hacen a la sociedad.

Pero a lo que iba. El caso es que pasé a los reservados a ocuparme de la Nati, le llené el depósito y salí a tomarme otra cerveza antes de subirme otra vez al camión. Yo iba bien, aliviado y a gusto, metiéndome el faldón de la camiseta en los tejanos. Y entonces la vi.

Lo malo —o lo bueno— que tienen los momentos importantes de tu vida es que casi nunca te enteras de que lo son. Así que no vayan a pensar ustedes que sonaron campanas o música como en el cine. Vi unos ojos oscuros, enormes, que me miraban desde una puerta medio abierta, y una cara preciosa, de ángel jovencito, que desentonaba en el ambiente del puticlub como a un cristo pueden desentonaarle un rifle y dos pistolas. Aquella chiquilla ni era puta ni lo sería nunca, me dije mientras seguía andando por el pasillo hacia el bar. Aún me volví a mirarla otra vez y seguía allí, tras la puerta medio entornada.

—Hola —dije, parándome.

—Hola.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy la hermana de Nati.

Coño con la Nati y con la hermana de la Nati. Me la quedé mirando un momento de arriba abajo, flipando en colores. Llevaba un vestido corto, ligero, negro, con florecitas amontonadas, y le faltaban dos botones del escote. Pello oscuro, piel morena. Un sueño tierno y quinceañero de esos que salen en la tele anunciando compresas que ni se mueven ni se notan ni traspasan. O sea. Lo que en El Puerto llamábamos un yogurcito. O mejor, un petisuis.

—¿Cómo te llamas?

Me miraba los tatuajes. Manolo, respondí.

—Yo me llamo María.

Hostias con María. Vete largando, Manolín, colega, pero ya mismo, me dije.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Guío un camión —dije, por decir algo.

—¿Adonde?

—Al sur. A Faro, en Portugal. Al mar.

Mi instinto taleguero, que nunca falla, anunciaba esparrame. Y como para confirmarlo apareció Porky al otro lado del pasillo. Porky era una especie de armario de dos poros, una mala bestia que durante el día oficiaba de conductor en la funeraria *Hasta Luego* y de noche como vigilante en el negocio del portugués Almeida, donde iba a trabajar con el coche de los muertos por si había alguna urgencia. Grande, gordo, con granos. Así era el Porky de los cojones.

—¿Qué haces aquí?

—Me pillas yéndome, colega. Me pillas yéndome.

Cuando volví a mirar la puerta, la niña había desaparecido. Así que saludé a Porky —me devolvió un gruñido—, fui a endiñarme una birra Cruzcampo y un café, le di una palmadita en el culo a la polaca, eché una meada en los servicios y volví al camión. Los faros de los coches que pasaban me daban en la cara, trayéndome la imagen de la niña. Eran las once de la noche, más o menos, cuando pude quitármela de la cabeza. En el radiocassette, los Chunguitos cantaban *Puños de acero*:

*De noche no duermo
de día no vivo...*

Abrí la ventanilla. Hacía un tiempo fresquito, de puta madre.

*Me estoy volviendo loco,
maldito presidio...*

Hice diez kilómetros en dirección a Fregenal de la Sierra antes de oír el ruido mientras cambiaba de cassette. Sona-

ba como si un ratón se moviera en el pequeño compartimento con litera que hay para dormir, detrás de la cabina. Las dos primeras veces no le di importancia, pero a la tercera empecé a mosquearme. Así que puse las intermitencias y aparqué en el arcén.

—¿Quién anda ahí?

La que andaba era ella. Asomó la cabeza como un roncito asustado, jovencita y tierna, y yo me sentí muy blando por dentro, de golpe, mientras el mundo se me caía encima, cacho a cacho. Aquello era secuestro, estupro, vaya usted a saber. De pronto me acordé de la Nati, del portugués Almeida, del careto de Porky, del coche fúnebre aparcado en la puerta, y me vinieron sudores fríos. Iba a comerme un marrón como el sombrero de un picador.

—¿Pero dónde crees que vas, tía?

—Contigo —dijo, muy tranquila—. A ver el mar.

Llevaba en las manos un libro y a la espalda una pequeña mochila. Las ráfagas de faros la iluminaban al pasar, y en los intervalos sólo relucían sus ojos en la cabina. Yo la miraba desconcertado, alucinando. Con cara de gilipollas.

2. Un fulano cojo y un loro

El camión seguía parado en el arcén. Pasaron los picoletos con el pirulo azul soltando destellos, pero no se detuvieron a darme la barrila como de costumbre. Que si los papeles y que si ojos negros tienes. Algún desgraciado acababa de romperse los cuernos un par de kilómetros más arriba, y tenían prisa.

—Déjame ir contigo —dijo ella.

—Ni lo sueñes —respondí.

—Quiero ver el mar —repitió.

—Pues ve al cine. O coge un autobús.

No hizo pucheros, ni puso mala cara. Sólo me miraba muy fija y muy tranquila.

—Quieren que sea puta.

—Hay cosas peores.

Si las miradas pudieran ser lentas, diría que me miró muy despacio. Mucho.

—Quieren que sea puta como Nati.

Pasó un coche en dirección contraria con la larga puesta, el muy cabrón. Los faros deslumbraron la cabina, iluminando el libro que ella tenía en las manos, la pequeña mochila colgada a la espalda. Noté algo raro en la garganta; una sensación extraña, de soledad y tristeza, como cuando era crío y llegaba tarde a la escuela y corría arrastrando la cartera. Así que tragué saliva y moví la cabeza.

—Ese no es asunto mío.

Tuve tiempo de ver bien su rostro, la expresión de los ojos grandes y oscuros, antes de que el resplandor de los faros se desvaneciera.

—Aún soy virgen.

—Me alegro. Y ahora bájate del camión.

—Nati y el portugués Almeida le han vendido mi virgo a don Máximo Larreta. Por cuarenta mil duros. Y se lo cobra mañana.

Así que era eso. Lo digerí despacio, sin agobios, tomándome mi tiempo. Entre otras muchas casualidades, ocurría que don Máximo Larreta, propietario de Construcciones Larreta y de la funeraria *Hasta Luego*, era dueño de medio Jerez de los Caballeros y tenía amigos en todas partes. En cuanto a Manolo Jarales Campos, el Volvo no era mío, se trataba del primer curro desde que me dieron bola del talego, y bastaba un informe desfavorable para que Instituciones Penitenciarias me fornicase la marrana.

—Que te bajes.

—No me da la gana.

—Pues tú misma.

Puse el motor en marcha, di la vuelta al camión y desanduve camino hasta el puticlub del portugués Almeida. Durante los quince minutos que duró el trayecto, ella permaneció inmóvil a mi lado, en la cabina, con su mochila a la espalda y el libro abrazado contra el pecho, la mirada fija en la raya discontinua de la carretera. Yo me volvía de vez en cuando a observarla de reojo, a hurtadillas. Me sentía inquieto y avergonzado. Pero ya dirán ustedes qué otra maldita cosa podía hacer.

—Lo siento —dije por fin, en voz baja.

Ella no respondió, y eso me hizo sentir peor aún. Pensaba en aquel don Máximo Larreta, canalla y vulgar, enriquecido con la especulación de terrenos, el negocio de la construcción y los chanchullos. Desparramando billetes convencido, como tantos de sus compadres, de que todo en el mundo —una mujer, un ex presidiario, una niña virgen de dieciséis años— podía comprarse con dinero.

Dejé de pensar. Las luces del puticlub se veían ya tras la próxima curva, y pronto todo volvería a ser como antes, co-

mo siempre: la carretera, los Chunguitos y yo. Le eché un último vistazo a la niña, aprovechando las luces de una gasolinera. Mantenía el libro apretado contra el pecho, resignada e inmóvil. Tenía un perfil precioso, de yogurcito dulce. Cuarenta mil cochinos duros, me dije. Perra vida.

Detuve el camión en la explanada frente al club de alterne y la observé. Seguía mirando obstinada, al frente, y le caía por la cara una lágrima gruesa, brillante. Un reguero denso que se le quedó suspendido a un lado de la barbilla.

—Hijoputa —dijo.

Abajo debían de haberse olido el asunto, porque vi salir a Porky, y después a la Nati, que se quedó en la puerta con los brazos en jarras. Al poco salió el portugués Almeida, moreno, bajito, con sus patillas rizadas y sus andares de chulo lisboeta, el diente de oro y la sonrisa peligrosa, y se vino despacio hasta el pie del camión, con Porky guardándole las espaldas.

—Quiso dar un paseo —les expliqué.

Porky miraba a su jefe y el portugués Almeida me miraba a mí. Desde lejos, la Nati nos miraba a todos. La única que no miraba a nadie era la niña.

—Me joden los listos —dijo el portugués Almeida, y su sonrisa era una amenaza.

Encogí los hombros, procurando tragarme la mala leche.

—Me la trae floja lo que te joda o no. La niña se subió a mi camión, y aquí os la traigo.

Porky dio un paso adelante, los brazos —parecían jamones— algo separados del cuerpo como en las películas, por si su jefe encajaba mal mis comentarios. Pero el portugués Almeida se limitó a mirarme en silencio antes de ensanchar la sonrisa.

—Eres un buen chico, ¿verdad?... La Nati dice que eres un buen chico.

Me quedé callado. Aquella gente era peligrosa, pero en año y medio de talego hasta el más primavera aprende un

par de trucos. Agarré con disimulo un destornillador grande y lo dejé al alcance de la mano por si liábamos la pajarraca. Pero el portugués Almeida no estaba aquella noche por la labor. Al menos, no conmigo.

—Haz que baje esa zorra —dijo. El diente de oro le brillaba en mitad de la boca.

Eso lo zanjaba todo, así que me incliné sobre las rodillas de la niña para abrir la puerta del camión. Al hacerlo, con el codo le rocé involuntariamente los pechos. Eran suaves y temblaban como dos palomas.

—Baja —le dije.

No se movió. Entonces el portugués Almeida la agarró por un brazo y tiró de ella hacia abajo, con violencia, haciéndola caer de la cabina al suelo. Porky tenía el ceño fruncido, como si aquello lo hiciera pensar.

—Guarra —dijo su jefe. Y le dio una bofetada a la chica cuando ésta se incorporaba, aún con la pequeña mochila a la espalda. Sonó *plaf*, y yo desvié la mirada, y cuando volví a mirar los ojos de ella buscaron los míos; pero había dentro tanta desesperación y tanto desprecio que cerré la puerta de un golpe para interponerla entre nosotros. Después, con las orejas ardiéndome de vergüenza, giré el volante y llevé de nuevo el Volvo hacia la carretera.

Veinte kilómetros más adelante, paré en un área de servicio y le estuve pegando puñetazos al volante hasta que me dolió la mano. Después tanteé el asiento en busca del paquete de tabaco, encontré su libro y encendí la luz de la cabina para verlo mejor. *La isla del tesoro*, se llamaba. Por un tal R. L. Stevenson. En la portada se veía el mapa de una isla, y dentro había una estampa con un barco de vela, y otra con un fulano cojo y un loro en el hombro. En las dos se veía el mar.

Me fumé dos cigarrillos, uno detrás de otro. Después me miré el careto en el espejo de la cabina, la nariz rota en el Puerto de Santa María, el diente desportillado en Ceuta. Otra vez no, me dije. Tienes demasiado que perder, ahora:

el curro y la libertad. Después pensé en los cuarenta mil duros de don Máximo Larreta, en la sonrisa del portugués Almeida. En la lágrima gruesa y brillante suspendida a un lado de la barbilla de la niña.

Entonces toqué el libro y me santigüé. Hacía mucho que no me santiguaba, y mi pobre vieja habría estado contenta de verme hacerlo. Después suspiré hondo antes de girar la llave de encendido para dar contacto, y el Volvo se puso a rugir bajo mis pies y mis manos. Lo llevé hasta la carretera para emprender, por segunda vez aquella noche, el regreso en dirección a Jerez de los Caballeros. Y cuando vi aparecer a lo lejos las luces del puticlub —ya me las sabía de memoria, las malditas luces— puse a los Chunguitos en el radiocassette, para darme coraje.

3. Fuga hacia el sur

No sé cómo lo hice, pero el caso es que lo hice. Sé que en la puerta aspiré aire, como quien va a zambullirse en el agua, y luego entré. Del resto recuerdo fragmentos: la cara de la Nati al verme aparecer de nuevo en el puticlub, las carnes viscosas de Porky cuando le asesté un rodillazo en los huevos. Lo demás es confuso: las chicas pegando gritos, la Nati tirándome un cuchillo de cortar jamón a la cara y fallándome por dos dedos, el pasillo largo como un día sin tabaco y yo aporreando las puertas, una que se abre y el portugués Almeida que me tira una hostia con la hebilla de su cinturón mientras, por encima de su hombro, veo a la niña tendida en una cama.

—¿Qué haces aquí, cabrón?

Me dice. La niña tiene la marca de un correa en la cara, y el diente de oro del portugués Almeida me deslumbra, y yo me vuelvo loco, así que agarro por el gollete una botella que está sobre la mesa, la casco en la pared y le pongo a mi primo el filo justo debajo de la mandíbula, en la carótida, y el fulano se rila por la pata abajo porque los ojos que tengo en ese momento son ojos de matar.

—Nos vamos, chiquilla.

Y ella no dice esta boca es mía, sino que agarra su mochila, que está en el suelo junto a la cama, y se desliza rápida como una ardilla por debajo de mi brazo, el mismo con el que tengo agarrado por el cuello al portugués Almeida. Y así, con el filo de la botella tocándole las venas hinchadas, nos vamos a reculones por el pasillo, salimos a la barra

del puticlub, y la Nati, que sigue estando buena aun de mala leche, me escupe:

—¡Esta la vas a pagar!

Porky, que rebulle por el suelo con las manos entre las ingles, nos mira con ojos turbios, sin enterarse de nada, y el portugués Almeida me suda entre los brazos, un sudor pegajoso y agrio que huele a odio y a miedo. Unos clientes que están al fondo de la barra intentan meterse en camisas de once varas pero esa noche mi vieja debe de estar rezando por mí en el cielo donde van las viejitas buenas, porque un par de colegas, dos camioneros que me conocen de la ruta y están allí de paso, se le plantan delante a los otros y les dicen que cada perro se lama su pijo, y los otros dicen que bueno, que tranquilis. Y se vuelven a sus cubatas.

Total. Que fue así, de milagro, como llegamos hasta el camión, con todo el mundo amontonado en la puerta, mirando, mientras la Nati largaba por esa boca y el portugués Almeida se me deshidratava entre el brazo y la botella rota.

—Sube a la cabina, niña.

No se lo hizo decir dos veces, mientras yo pasaba entre el coche fúnebre de Porky y mi camión, rodeando hacia el otro lado sin soltar mi presa. Sólo en el último segundo le pegué la boca en la oreja al macró:

—Si la quieres, ve a buscarla al cuartelillo de la Guardia Civil.

Lo que era un farol que te cagas, Manolín; pero es cuanto se me ocurría en ese momento. Después aflojé el brazo y tiré la botella, y cuando el portugués Almeida se revolvió a medias, le di un rodillazo en el fémur, como hacíamos en El Puerto, y lo dejé en el suelo, con el diente haciéndome señales luminosas, mientras arrancaba el Volvo y salíamos, la niña y yo, a toda leche por la carretera. Al hacerlo me llevé por delante la aleta y una rueda del Opel Calibra del portugués.

Pasaba la medianoche e iba habiendo menos tráfico, faros que iban y venían, luces rojas en el retrovisor. La cara B